



impondría plenamente en la década de 1920, borrando todo vestigio del progresismo anterior y estrechando una alianza ideológica y práctica con el nacional socialismo en los años venideros, de la mano de figuras como Eugen Fischer y Otto Reche.

El cambio dramático lo constituyó la aparición de la guerra, pero más específicamente la atmosfera del conflicto y su impacto ideológico y material en el trabajo científico de los nuevos antropólogos. Este impacto, marcado por el aislamiento internacional y la ausencia de recursos, diluyó los anteriores preceptos y enfoques, desembocando en la adopción de nuevas prácticas en los campos de prisioneros de guerra. En estos “laboratorios” de guerra, las relaciones de poder, distanciamiento y desigualdad de los científicos con los sujetos estudiados se potenciaron como nunca antes. Imbuidos en un clima bélico y nacionalista, pero conscientes de los beneficios profesionales y disciplinares de apoyar los esfuerzos del estado imperial, los antropólogos alemanes presentaron a los enemigos de los imperios centrales, –particularmente se interesaron en los pueblos coloniales y de Rusia– como extrañas y variadas “razas” y los confrontaron con la “cohesión racial y nacional” de los austriacos y alemanes. En consecuencia, de lo borroso al principio, el límite entre la política y la ciencia pasó a desaparecer.

El primer capítulo recorre la senda disciplinar de la naciente antropología alemana, desde finales del siglo XIX hasta el estallido de la guerra. Se detallan las dificultades de los antropólogos en la obtención de espacios científicos y recursos económicos. El capítulo dos se orienta al estudio del ambiente ideológico previo a la guerra; más allá de la pérdida de fuerza del enfoque liberal y el crecimiento de ideas pseudo raciales y oscuras concomitantes a la expansión imperial guillermina, el mismo siguió prevaleciendo en los ambientes antropológicos. Se puede afirmar que el capítulo tercero es el nudo central del trabajo; explora el nacionalismo y la movili-



ción de la guerra y el intenso impacto en los discursos y prácticas de la Antropología. Los capítulos cuatro y cinco se enfocan a analizar el más importante proyecto antropológico alemán de la Primera Guerra Mundial: el estudio de los soldados extranjeros en los campos de prisioneros y su racialización gracias a la utilización de fotografías –lo que Evans llama la “captura de la raza”– para construir arquetipos raciales que sirvieran de propaganda. El último capítulo desarrolla las consecuencias de la derrota alemana de 1918, no solo tomando como partida la crisis material y económica, sino las nuevas direcciones que llevarían a la hegemonía de la ciencia racial o *Rassenkunde* y que tanto fundamento le daría a la *Weltanschauung* (visión del mundo) nazi.

Vislumbrar las relaciones históricas entre la política y la ciencia es un callejón que, a veces, nos compromete a visitar antiguos fantasmas y, a partir del reencuentro, sembrar preguntas para nuestro presente. Ese es el principal logro del historiador Andrew D. Evans al estudiar la Primera Guerra Mundial y las trágicas transformaciones de la Antropología alemana.

